

RAFAEL ACEVEDO PUELLO. MEMORIA, LECCIONES Y REPRESENTACIONES HISTÓRICAS. ED. UNIANDÉS. (CESO). BOGOTÁ. 2011.

El discurso sobre la historia social y cultural de la educación en el Caribe colombiano, ha sido poco abordado en el espacio de la historiografía nacional y regional, los escasos estudios tratan de manera esquemática las prácticas educativas y muchas veces describen aspectos biográficos, anecdóticos o estadísticas escolares que demuestran las falencias interpretativas sobre el contexto y la singularidad regional.

El trabajo del joven historiador Rafael E. Acevedo Puello, constituye un aporte importante como texto interpretativo, comprometido seriamente con el rigor y el tratamiento cuidadoso de las fuentes de información, procurando dentro de un marco teórico de riqueza documental, bibliográfica y argumentativa, ir develando los procesos de la historia de la educación como problemática social. Su obra nos permite avanzar sobre otra lectura de la historia “nacional”, reafirmando otros valores en la construcción de la ciudadanía, las prácticas pedagógicas y complejidades del proyecto de independencia y republicanismo, en las controvertidas relaciones de la nación, región e historia local en el Caribe colombiano.

El autor nos presenta en tres capítulos el papel importante de las prácticas educativas en la re-construcción diversa y alternativa de las representaciones patrióticas en la celebración del primer centenario de la independencia de Cartagena de Indias.

El primer capítulo plantea el contexto socioeducativo de principios del siglo XX en Cartagena de Indias, donde la “nueva escuela”, representaba la idea de progreso, de construcción de un modelo de “ciudadano colombiano”, que generara el sentido de pertenencia e identidad patriótica de los primeros cien años de controvertido republicanismo, en qué circunstancias históricas como las guerras civiles y la secesión de Panamá, no dejaban de ser desafíos para la consolidación de la soberanía y la nacionalidad en la provincia y localidad del Caribe colombiano. El autor describe los antecedentes del precario sistema educativo, sus avatares económicos, los “currículos”, la matrícula, procedencia y condición social de los estudiantes, el movimiento de la instrucción pública primaria del llamado Bolívar grande (incluía a Sucre, Córdoba, Atlántico hasta 1905), no sólo las escuelas públicas sino también las

privadas, para centrarse específicamente en los pormenores de la conmemoración del primer Centenario de la Independencia Cartagena.

El texto dedica un aparte a la autonomía administrativa que autorizó la Ley Orgánica de Educación Pública de 1903, -terminada la guerra de los *Mil Días*-1902-, Ley que facultó la apertura y la clausura de establecimientos de enseñanza, hecho que sin embargo, favoreció la reactivación y apertura de varias escuelas en los “distritos” y capitales provinciales como el Carmen, Sabanalarga, Corozal, Sincelejo, Lórica, Magangué y Mompox.

Para 1911, Cartagena contaba con 52 establecimientos de aprendizaje -34, urbanos, 18 rurales, con un total de 4016 estudiantes activos-, destacándose la primacía de la Universidad de Bolívar, -hoy Universidad de Cartagena, que además formaba a los profesores pedagógicos- convirtiéndose la ciudad en un centro de capital importancia educativa.

La escuela se convierte en un instrumento pedagógico para la formación del prototipo de la ciudadanía política, que si bien, cumplía una cobertura, tanto sus profesores como estudiantes tenían cierto carácter político y elitista. Si bien, a finales del siglo XIX y primeros años del siglo XX, la llamada escuela tradicional promueve la imagen y pedagogía cívica asociada al ideal del buen ciudadano, cristiano, católico y virtuoso dentro de la moral hegemóni-

ca de la Iglesia Católica. Esta visión sería reformada tras la Ley Antonio José Uribe de 1903, concibiendo una escuela moderna que vislumbrara al lado del buen cristiano, al hombre productivo, cuya ciudadanía se afirmaba demostrando sus habilidades en las “artes útiles”, como la agricultura, contabilidad, zootecnia, comercio e industria, para así, ocupar funciones lucrativas y dignas para la patria, fortaleciendo el progreso, la ciencia, la paz y la fuerza laboral de la republica colombiana. Así, la entrada “*a las escuelas primarias constituía el primer paso para acceder al reconocimiento político de la ciudadanía...estar por fuera de ellas era exponerse a una marginación el modelo de hombre y sociedad productivos plasmado en esos códigos e ilustrado en los colegios públicos y privados de la provincia de Cartagena.*” (p.71).

En el segundo Capítulo revalúa la relación de las efemérides independentistas del 20 de julio de 1810 y el 11 de noviembre de 1811, en una postura que reivindica la independencia de Cartagena señalada otrora como “error nacional”.

En este sentido, el texto examina cómo la celebración del centenario retoma la memoria de la declaratoria de la independencia de Cartagena de Indias, hecho que contrasta ante la narrativa nacional de exaltar el 20 de julio de 1820. Esta circunstancia histórica de la celebración de las dos efemérides, los docentes y estudiantes imperativamente procuran una relectura que presentará una legítima

reivindicación de los sucesos locales del 11 de noviembre de 1811 día de la Independencia de Cartagena, como una “gloria”, como un “relato alternativo”, de verdadera cuna de la libertad absoluta y política de la República de Colombia, y no así uno de los tantos “errores nacionales”, o como un suceso “antipatriótico”, “provincial”, egoísta”, que promovía la desunión y rivalidad política, puesto que era difundido por los catecismos de la llamada historia nacional.

Se implementaron una serie de estrategias con nuevas representaciones y prácticas intensivas de la pedagogía cívica –catecismos revaluados, crónicas, concursos sobre historia, iconografías, plástica, cartografía, cantos, cartillas patrióticas etc.- de la época, reinventa una contramemoria que realiza un “giro” histórico, gesta y socializa otro “lenguaje patrio”, con sentido de pertenencia por los sucesos de la independencia en los territorios de su localidad forjando una re-dimensión de la política, de la identidad patriótica local y de la formación ciudadanía. *“De allí que la historia patria fuera ilustrada asimismo con catecismo de historia local, en los que evidentemente la emancipación cartagenera era presentada como una de las “páginas gloriosas” de la autonomía del país, por lo cual se tenían como referentes y puntos centrales de análisis: el acta de la Independencia, la Constitución Federal y los sucesos tanto del 11 de noviembre de 1811 como del Sitio de Morillo de 1815 (p.114).*

toria “oficial”, que manipularon despectivamente la historia local, se retomaron y publicaron obras como la del pedagogo Simón Rojas: *Centenario de Cartagena en las escuelas del dpto. del Cauca*, para legitimar el lenguaje de libertad de la localidad y el uso público de la historia como relato alternativo, fue una herramienta para sensibilizar y fomentar un modelo de ciudadanía armónico con el sentido patriótico que contribuyó a la formación de la nación y la nacionalidad colombiana.

De tal forma, que gran parte de las academias de historia a nivel nacional reconocieron la legitimidad del movimiento cartagenero, y, el gobierno nacionalizó la fiesta de independencia cuyo origen estaba centrado en la provincia. Las diversas escuelas exaltaron la biografía de los mártires y signatarios de la independencia, con sus virtudes políticas y civiles, como ejemplo y símbolo de entrega a tan noble causa, glorificación que se convirtió en una forma alternativa de diferencia para re-pensar otros actores sociales de la historia local y nacional.

En el tercer capítulo: Fiesta y fantasía escolar en el centenario: *Sábado once, de la mañana, mes once de mil ochocientos once*, esta última frase se despliega como un *leit motiv*, “los cuatro onces” sirvieron como lema publicitario popular en la población estudiantil, de tal forma, que la memoria, la recitación y la invocación al pasado construyeron una retórica

de la celebración independentista que enaltecía el sentido de pertenencia y a la vez, se erigía como vanguardia de la libertad nacional. Recursos como los anteriores fueron uno de las muchas “invenciones” y actividades que rindieron tributo al pasado glorioso, escenificando múltiples actos cívicos, representaciones históricas, procesiones cívicas, alegorías, cánticos, himnos, iconografías, concursos artísticos, y festejos generales en la que los estudiantes, maestros jugaron un papel muy importante, conjuntamente con las autoridades civiles, militares y eclesiásticas.

La lectura del Acta de la Independencia de la Provincia de Cartagena, se constituyó en un testamento de lectura diaria, en una “oración política” que iniciaba *las actividades escolares, con la que se daba gracias a Dios y a los “próceres locales”* por las libertades alcanzadas.

La referencia a la vida de los mártires fueron destacadas en sendos homenajes, en cartillas patrióticas, en una especie de “culto” y diálogo con los muertos, magnificando un orgullo cívico que no dejaban de enfatizar el ejemplo de los valores locales como próceres nacionales, aunque infortunadamente parte de la memoria popular encarnada en la figura de Pedro Romero no tuvo un verdadero reconocimiento.

En fin, todas las representaciones teatrales, cívicas y festejos expresaban con fervor una noción de ciudadanía, una utopía de libertad, dando la sensación de una cultura patriótica estudiantil, que al fragor de una fiesta y fantasía escolar pública, se transformaban en “*pequeños artesanos de su historia local*”, como portadores del imaginario histórico nacional. Estos estudios permiten la apertura para el desarrollo serio de una historia social de la educación desde la región y para la región y las localidades del Caribe Colombiano.

Hubiese sido ideal complementar esta investigación con más apoyo visual e ilustraciones de los pie de imágenes en sus páginas interiores, especialmente la de su portada, ésta corresponde al desfile militar del Colegio de la Esperanza durante la celebración del 20 de julio, en la plaza de la Proclamación, las personas que aparecen frontalmente son el director del Colegio de la Esperanza: Antonio José de Irrisari y el niño que lo acompaña como edecán es el futuro historiador Eduardo Lemaitre Román.

EDGAR GUTIÉRREZ SIERRA
Profesor Universidad de Cartagena